

borrar las huellas del paso del tiempo, son los fines principales de una mística narcisista e individualista en la que el cielo es sustituido por el rascacielos, el alma por el nombre propio y la salvación por la conservación. Cada individuo trata, en definitiva, de alcanzar el ideal uno y trino: estar en lo más alto, en todas partes y siempre joven. Ese ideal se sostiene sobre tres convicciones tácitas fundamentales: «subo, luego soy», «salgo en televisión, luego existo» y «me conservo joven, luego siempre seré y existiré». A propósito de este culto angustiado y furibundo dice Rafael Sánchez Ferlosio:

...pero, ¡ay! darse a conocer a todo el mundo, hacerse ver por todas partes, no dejarse olvidar ni un solo día, al precio de la propia dignidad, es la inhumana ley del éxito social, del triunfo público⁶.

La vitalidad y la hegemonía de un dios se han medido siempre por su capacidad para generar entre sus fieles sacrificios y unanimidad en lo esencial, desplazando a otros dioses y otros cultos, ocupando su lugar y asumiendo sus funciones. Según este criterio, el llamado mundo desarrollado tiene en el Éxito, desde hace tiempo, a su único dios verdadero.

Sólo aceptando esto podemos entendernos y entender muchas otras cosas. Por ejemplo, la moral del triunfo que impregna toda nuestra vida y que divide a los hombres en ganadores y perdedores, la gran importancia de la autorrealización profesional, la presión de las clases medias sobre su prole para que apriete los dientes y acelere el paso, en suma, el neodarwinismo social que se ha extendido por todas partes, desde la educación al trabajo, los negocios a la cultura, desde la cuna hasta la tumba. Dios es el Éxito, el Mercado su iglesia y los sumos sacerdotes neoliberales sus profetas. Los héroes de esta nueva moral son ascetas del trabajo y de la disciplina, titanes sin tiempo libre (empresarios, banqueros, gobernantes, ejecutivos, profesionales diversos, intelectuales...) que viven consagrados a su virtud productiva. «Hombres tan tontos que ya sólo pueden *negociar*», dice Canetti. El gran hombre tiene repleta su agenda, no tiene tiempo, mientras que el hombrecillo tiene todo el tiempo del mundo, porque la vieja condena bíblica del trabajo se ha convertido ahora en vía privilegiada de redención. Por eso hoy el ocio ya no es aristocrático, sino plebeyo, pues tener tiempo libre es el estigma de los desheredados, los Don Nadie, los fracasados y marginados que viven olvidados y dejados de la mano de dios. Los acólitos del culto al Éxito no dudan en abandonar al padre y a la madre, a la mujer y a los hijos, como los santones de todas las épocas y lugares; no se detienen ante amigos o conocidos, ni se asustan por la soledad o el sacrificio, al contrario, toman su cruz con ansiedad de mártires y con buen ánimo: trabajan como locos, luchan y pisan a sus correligionarios como desalmados, tienen la faz dura y la mirada enardecida del iluminado. Su tiempo

⁶ Rafael Sánchez Ferlosio, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Ediciones Destino, Barcelona 1993, pág. 53.

libre es también tiempo de culto, pues lo dedican a lograr las relaciones sociales que necesitan, la apariencia física que les es imprescindible, la imagen que les distingue de los desharrapados, herejes y descreídos. Y, por supuesto, educan a sus hijos en idéntica fe e intentan inculcarles la misma severa disciplina, adiestrándolos con toda clase de recursos, aprovisionándolos para la larga y despiadada carrera hacia el triunfo que, según ellos, será su vida.

En la historia suele cumplirse el principio de *eadem sed aliter*, es decir, lo mismo, pero de otro modo, y la religión del Éxito es un buen ejemplo de ello. Desde tiempos inmemoriales asistimos a la pervivencia de la lógica sacrificial (la idea del valor contable y redentor del presente sufrimiento como fórmula de futura salvación) puesta al servicio de diferentes causas. En un principio fue la causa religiosa, más tarde utilizaron esta lógica los tres grandes ídolos modernos, la Historia, el Progreso y la Revolución, y hoy, cuando parecía apuntar el crepúsculo narcisista del sacrificio, es el propio Narciso, un Narciso esperpéntico y tragicómico, quien se convierte en ídolo de sí mismo y el Nombre Propio deviene una especie de Moloch insaciable, sediento de sangre y de vida. Así pues, no nos engañemos, la utilización fraudulenta de lo sagrado no ha desaparecido, sino que se ha desplazado e invertido, la moderna secularización no ha eliminado a los dioses que se alimentan de sangre y sacrificios, sino que ha cambiado unos por otros y ha acabado colocando en el lugar de Dios Todopoderoso al Individuo y su Éxito. Hemos dejado de creer en otros dioses, porque ahora creemos en ese dioscello tiránico y fantasmal que somos nosotros mismos, víctimas dóciles que se entregan con angustia y fervor a su Propio Nombre. Dice Canetti con precisión y sencillez: «La peculiar voracidad del nombre: el nombre es *un caníbal*.» Y abundando en lo mismo añade:

un nombre, sea lo que fuere lo que haya hecho su portador, es algo triste, y aún en el caso de que uno haya conseguido esta forma de inmortalidad, ésta seguirá teniendo siempre algo de repulsivo y artificial (*PH*, 283).

El propio Elías Canetti conoció en su vida la poderosa tentación de este nuevo culto sacrificial: «Estuvieron a punto de matarlo: con la palabra "éxito". Pero él la cogió en sus manos con gesto decidido y la rompió» (*CSR*, 110). Por eso fue siempre consciente de la triste mentira que se oculta detrás de ese brillo: «Venido a menos hasta la fama» (*CSR*, 201), o también, «¿Atacar a los que tienen éxito?; no hace falta. Tienen el éxito como la corrupción en el cuerpo» (*PH*, 257).

En resumen, la época de la vanidad trágica en que vivimos se halla sumida en la angustia (los psicólogos prefieren llamarla depresión, porque parece cosa más tratable científicamente) e indefensa frente a ella, pero la dis-

fraza como puede con el mito estupefaciente del exitoso ganador o con la agitación estúpida del que se divierte y «lo pasa bomba». Con lo dicho sobre el éxito y la diversión es suficiente para mostrar hasta qué punto tenemos hoy necesidad de hombres serios, lúcidos e implacables, de hombres que, aunque duela, tengan el valor de decirnos a la cara ¡lugar siniestro este mundo, caballeros!⁷. Elías Canetti ha sido hasta su reciente muerte uno de ellos, uno de esos escritores que, como Unamuno, prefería la verdad a la paz o al consuelo hipócrita e impotente. Frente a tantos intelectuales de pacotilla con alma de funcionario, cómplices del poder y buscones de sus migajas, petimetres atentos al pequeño honor, a la prebenda y al reconocimiento siempre condescendiente e interesado del poderoso, echamos en falta el luminoso coraje del pensamiento. Frente a esos otros que se dicen intelectuales independientes porque sólo viven bajo la esclavitud de su propio nombre y al servicio de su cuenta corriente, resultan más necesarios que nunca pensadores como Canetti, como Ferlosio, Pessoa o Cioran, inteligencias profundas y valientes que se atreven a decir que el rey está desnudo, angustiado y débil como cualquiera, y que la desesperación es el fundamento secreto de nuestra trágica frivolidad.

III. Una cruda claridad

En sus obras de pensamiento, que son fundamentalmente, como dije al principio, *Masa y poder* y los tres volúmenes publicados hasta ahora de sus cuadernos de notas, Canetti desarrolla un modo de reflexión inocente y crudo al mismo tiempo. Inocente porque quiere contemplar las cosas como por primera vez, liberándose de esa madre castradora que es la Historia de la Filosofía, y crudo porque su honradez le impide atenuar la aspereza de lo real. Del mismo modo que podemos hablar de pensamiento edificante o destructivo, frío o apasionado, comprometido o distante de la realidad, fuerte o débil, también podemos clasificarlo como crudo o cocinado. El pensamiento crudo, cruel (ambas palabras tienen el mismo origen latino, *cruor*), es el que pretende atenerse de forma implacable a las cosas como son, no como querríamos, nos gustaría o deberían ser; es el que pone en práctica el principio de crueldad de lo real (Clément Rosset)⁸, según el cual la naturaleza de la realidad es, por su propio peso, dolorosa y trágica. Sin embargo, la crudeza de Canetti no es, ni mucho menos, un fin en sí misma, sino una actitud lúcida y esperanzada, porque desciende al infierno de la condición humana para sacar fuerzas de flaqueza, para hacer nacer de la desesperación la esperanza, aunque sólo sea iluminando una realidad sombría:

⁷ Tomo prestada esta expresión del título de una obra de Félix Grande: *Lugar siniestro este mundo, caballeros*, *Anthropos*, Barcelona 1985, tomada, a su vez, de Gogol.

⁸ Clément Rosset, *El principio de crueldad*, *Pre-textos*, Valencia 1994.

Hay que tomar al hombre tal como es, duro e irredento. Pero no hay que permitirle que profane la esperanza. Sólo de la más negra de las constataciones puede emanar esta esperanza (PH, 223).

De la reflexión de Elías Canetti, decíamos, se desprende como sentimiento recurrente la experiencia de la angustia y ahora es el momento de recoger el hilo que entonces dejamos suelto, después de mostrar hasta qué punto es ese mismo hilo, el de la angustia, aunque secreto, negado y subterráneo, el que hilvana el envés de nuestra decadente cultura. La angustia no aparece en Canetti como tema explícito, sino como atmósfera de su escritura; es una sensación que se apodera de quien sigue el palpito de su pensamiento, una especie de malestar indefinible y sordo, de congoja que nos penetra, suave e inmisericorde. La experiencia de la angustia, del conflicto entre necesidad y posibilidad, la desesperada esperanza, es en Canetti la consecuencia de una pregunta y de una preocupación fundamental: «¿cuándo se dejará de matar?» (PH, 19). Esta preocupación conlleva la sospecha de que la ruina es el logro mayor que la humanidad ha conquistado después de mil esfuerzos y fatigas y de que la historia está hecha fundamentalmente de atrocidades diabólicas, del deseo de poder y de la necesidad de matar. El poder y la muerte, la muerte/poder, son las dos grandes cuestiones a pensar, la muerte como ley de la naturaleza, el poder como fundamento de la historia y entre ambas, víctima y verdugo a un tiempo, el hombre, con un pie en la naturaleza y otro en la historia, como habitante de un puente que se levanta entre dos orillas igualmente terribles e inhabitables. Lo horrible de esta trágica e irresoluble condición lo ha descrito así Sánchez Ferlosio:

(Diosas) Entre dos grandes bestias, no sé cuál más feroz, Naturaleza e Historia, se agolpa, despavorida, la progenie humana. Pero, al igual que sus más primitivos ancestros, sigue alzando por dioses, rindiendo aterrado culto y ofreciéndoles sacrificio apotropaico, a sus más insondables y mortales enemigos. Así adora por madre a la inhumana bestia de la Naturaleza y por maestra a la cruenta bestia de la Historia⁹.

La angustia, recordamos, se nos hace presente en el pensamiento de Canetti como cruel constatación de que el mal (el poder, la muerte y la alianza entre ambos) llenan el mundo y la historia. Así, el mal no es ausencia de bien, como quería Platón, sino que el bien es ausencia de mal. El mal es lo real, lo evidente por sí mismo, lo positivo, lo puesto (*positum*) ante los ojos con tal contundencia y necesidad que no precisa justificación; mientras que el bien es lo ausente, lo negado, lo anhelado con desesperación, lo posible que sólo comparece como un destello de resistencia frente a lo necesario. El poder y la muerte son lo que siempre retorna en la historia, lo único nuevo bajo el sol, el primero cada vez más absoluto, la segunda cada día más omnipotente. El poder y la muerte ni se crean ni se destruyen,

⁹ Sánchez Ferlosio, obra citada, págs. 11-12.